

Con esta entrega culminamos la publicación del folleto escrito por José Stalin en respuesta a diversos artículos de los "mencheviques" abanderados dentro del partido de la concepción "economista" o la prosternación ante la fuerza de la costumbre de andar a la zaga del movimiento, conocida forma clásica de oportunismo, pero que no por clásica deja de surgir, y reencarnarse sobre todo en las épocas, como la actual, cuando los comunistas se trazan como tarea central, la construcción de la vanguardia política del proletariado.

Brevemente Sobre las Discrepancias en el Partido

Parte Final

¡Es extraño! —dirá el lector—. ¿De qué se trata? —preguntará—. ¿Por qué Plejánov escribió su artículo crítico Contra Lenin? (v. la nueva «Iskra», núms. 70, 71). ¿Por qué censura a la «mayoría»? ¿Acaso los marxistas de pacotilla de Tiflís y su «Sotsial-Demokrat» no repiten las ideas expuestas por Plejánov? Sí, las repiten, pero tan torpemente, que repugna oírles. Sí, Plejánov ha criticado. Pero ¿sabéis de qué se trata? Plejánov no discrepa de la «mayoría» ni de Lenin. Y no sólo Plejánov, tampoco Márto y Zasúlich, ni Axelrod. Realmente, en la cuestión de que hemos tratado más arriba, los jefes de la «minoría» no discrepan de la vieja «Iskra». Y la vieja «Iskra» es la bandera de la «mayoría». ¡No os asombréis! He aquí los hechos.

Conocemos el artículo programático de la vieja «Iskra» (véase más arriba). Sabemos que en este artículo está expresada plenamente la posición de la «mayoría». ¿A quién pertenece este artículo? A la redacción de entonces de la «Iskra». ¿Quiénes formaban parte de esta redacción? Lenin, Plejánov, Axelrod, Márto, Zasúlich y Starovier. De ellos, en la actualidad, sólo uno, Lenin, forma parte de la «mayoría»; los cinco restantes dirigen la «minoría»; pero el hecho sigue siendo, no obstante, un hecho: el artículo programático de «Iskra» apareció bajo su redacción, y, por consiguiente, no deberían abjurar de sus palabras, ya que, al parecer, creían en lo que escribían.

Pero, si se quiere, dejemos a «Iskra».

Veamos lo que escribe Márto:

«De tal manera, la idea del socialismo surgió por vez primera no entre las masas obreras, sino en los despachos de los hombres de ciencia salidos de la burguesía»*.

Veamos lo que escribe Vera Zasúlich:

«Hasta la idea de la solidaridad de clase de todo el proletariado... no es ya tan sencilla como para engendrarse por sí sola en la cabeza de cada obrero... El socialismo... tampoco nace, ni mucho menos, en las cabezas de los obreros «por sí solo»... La teoría socialista fue preparada por todo el desarrollo tanto de la vida como del conocimiento... y creada por una mente genial dotada de este conocimiento. Y el comienzo de la difusión de las ideas del socialismo entre los obreros se debió también, en casi todo el continente europeo, a los socialistas que habían recibido instrucción en los centros de enseñanza para las clases superiores»**.

Oigamos ahora a Plejánov, que con tales aires de importancia y en tono tan solemne ha escrito contra Lenin en la nueva «Iskra» (núms. 70, 71). La cosa ocurre en el II Congreso del Partido. Plejánov polemiza con Martínov y defiende a Lenin. Reprocha a Martínov, que, agarrándose a una frase de Lenin, pasó por alto el libro «¿Qué hacer?» en su conjunto, y prosigue:

«El procedimiento del camarada Martínov me recuerda a un censor que decía: «dadme el «padrenuestro», permitidme arrancar de él una frase y os demostraré que su autor debía ser ahorca-

do». Pero todos los reproches dirigidos contra esta malhadada frase (de Lenin), y no sólo por el camarada Martínov, sino también por otros muchísimos, se basan en un malentendido. El camarada Martínov cita unas palabras de Engels; «El socialismo moderno es la expresión teórica del movimiento obrero moderno». El camarada Lenin también está de acuerdo con Engels... Pero las palabras de Engels son una tesis general. La cuestión estriba en quién formula por primera vez esta tesis teórica. Lenin no escribía un tratado de filosofía de la historia, sino un artículo polémico contra los «economistas», que decían: debemos esperar a ver a qué llega la clase obrera por sí sola, sin ayuda del «bacilo revolucionario» (es decir, sin la socialdemocracia). A esta última se le prohibía decir nada a los obreros, precisamente porque es el «bacilo revolucionario», es decir, posee conciencia teórica. Pero si elimináis el «bacilo», queda sola la masa inconsciente, en la que la conciencia debe ser introducida desde fuera. Si quisierais ser justos con Lenin y leyerais atentamente todo su libro, veríais que eso es precisamente lo que él dice»***.

Así hablaba Plejánov en el II Congreso del Partido.

Y ese mismo Plejánov, instigado por esos mismos Márto, Axelrod, Zasúlich, Starovier y otros, unos meses después interviene de nuevo y, aferrándose a esa misma frase de Lenin que defendiera en el Congreso, declara:

Lenin y la «mayoría» no son marxistas. El sabe que si se arranca una frase del mismo «padrenuestro» y se la interpreta por aislado, su autor podría ir a parar a la horca como hereje. El sabe que esto sería injusto, que un crítico imparcial no procede así, pero, no obstante, arranca esa frase del libro de Lenin; no obstante, procede con injusticia y se denigra públicamente a sí mismo. Y Márto, Zasúlich, Axelrod y Starovier le hacen coro, publican bajo su redacción en la nueva «Iskra» el artículo de Plejánov (núms. 70, 71) y se cubren así una vez más de ignominia.

¿Por qué han manifestado tal inconsecuencia, por qué estos jefes de la «minoría» se han denigrado a sí mismos, por qué han renegado del artículo programático de «Iskra» que ellos firmaran, por qué han renegado de sus propias palabras? ¿Se ha visto alguna vez semejante falsedad en un partido socialdemócrata?

¿Qué ha sucedido, pues, en los pocos meses transcurridos entre el II Congreso y la aparición del artículo de Plejánov?

Se trata de lo siguiente. De los seis redactores, el II Congreso eligió redactores de «Iskra» sólo a tres: Plejánov, Lenin y Márto. En cuanto a Axelrod, Starovier y Zasúlich, el Congreso los llevó a otros puestos. El Congreso, naturalmente, tenía derecho a ello, y todos estaban obligados a someterse a él: el Congreso es el intérprete de la voluntad del Partido, el órgano supremo del Partido, y quien va contra sus decisiones, pisotea la voluntad del Partido.

Por Stalin

Ahora bien, estos obstinados redactores no se sometieron a la voluntad del Partido, a la disciplina del Partido (la disciplina del Partido es la voluntad del Partido). ¡Resulta que la disciplina del Partido ha sido ideada para simples militantes como nosotros! Ellos se revolviéron airados contra el Congreso, porque no los eligió redactores, se colocaron al margen, arrastraron consigo a Márto y formaron la oposición. Declararon el boicot al Partido, se negaron a efectuar el trabajo de partido y empezaron a amenazar al Partido: elegidnos para la redacción, para el Comité Central, para el Consejo del Partido; si no, provocaremos la escisión. Y comenzó la escisión. Así pisotearon una vez más la voluntad del Partido.

He aquí las exigencias de los redactores en huelga:

«Se restablece la vieja redacción de «Iskra» (es decir, dadnos tres puestos en la redacción).

Se da entrada en el Comité Central a un determinado número de miembros de la oposición (es decir, de la «minoría»).

Se asignan en el Consejo del Partido dos puestos a los miembros de la oposición, etc...

Presentamos estas condiciones como las únicas que aseguran al Partido la posibilidad de evitar un conflicto que pone en peligro la propia existencia del Partido» (es decir, satisfaced nuestras demandas; si no, provocaremos en el Partido una gran escisión)****.

¿Qué les contestó el Partido?

El Comité Central, representante del Partido, y otros camaradas les declararon: no podemos ir contra el Congreso del Partido; las elecciones son asunto del Congreso; sin embargo, nosotros intentaremos restablecer la paz y la concordia, aunque, a decir verdad, es vergonzoso luchar por los puestos; vosotros queréis escindir el Partido por los puestos, etc.

Los redactores en huelga se sintieron ofendidos, su situación se hizo embarazosa —en realidad, resultó que habían emprendido la lucha por los puestos—, arrastraron a su lado a Plejánov***** y dieron comienzo a su heroica empresa. Necesitaban hallar una «discrepancia» más «importante» entre la «mayoría» y la «minoría» y demostrar así que no luchaban por los puestos. Buscaron, buscaron y encontraron en el libro de Lenin un lugar que, arrancándolo del texto e interpretándolo aisladamente, en realidad podía servirles de agarradera. Feliz idea —pensaron los jefes de la «minoría»—: Lenin es el dirigente de la «mayoría», denigremos a Lenin e inclinaremos así al Partido a nuestro lado. Y entonces comenzaron las disquisiciones de

* Márto, «La Bandera Roja», pág. 3.

** «Zariá»¹², núm. 4, págs. 79-80

*** Actas del II Congreso del Partido, pág. 123.

**** Comentarios a las Actas de la Liga, pág. 26.

***** «Iskra», núm. 91, pág. 3.

Plejánov acerca de que «Lenin y sus adeptos no son marxistas». Ciertamente, todavía ayer defendían esa misma idea del libro de Lenin contra la que hoy arremeten, pero así son las cosas: al oportunista, se le llama precisamente oportunista porque los principios no gozan de su favor.

Posiblemente el lector preguntará cómo pudo ocurrir que Plejánov se pasara a la «minoría», el mismo Plejánov que era partidario acérrimo de la «mayoría». Se trata de que entre él y Lenin surgió una discrepancia. Cuando la «minoría» se enfureció y declaró el boicot, Plejánov mantuvo el punto de vista de que era necesario ceder en toda la línea. Lenin no estuvo de acuerdo con él. Plejánov comenzó paulatinamente a inclinarse a la «minoría». Las divergencias entre ellos fueron en aumento y, por último, la cosa llegó a que un buen día Plejánov se convirtió en adversario de Lenin y de la «mayoría». He aquí lo que escribe Lenin acerca de esto:

«...Unos días después fui, en efecto, a ver a Plejánov con un miembro del Consejo, y nuestra conversación con Plejánov tomó este cariz:

— ¿Sabe? A veces hay mujeres tan escandalosas (es decir, la «minoría») —dijo Plejánov—, que es necesario ceder ante ellas para evitar histerismos y un ruidoso escándalo en público.

— Tal vez —repuse—, pero hay que ceder de forma que uno conserve la fuerza suficiente para no permitir un «escándalo» aún mayor» (v. los Comentarios a las Actas de la Liga, pág. 37, donde se transcribe la carta de Lenin)¹³.

Lenin y Plejánov no llegaron a un acuerdo. A partir de ese momento se inició el paso de Plejánov a la «minoría».

Hemos sabido de fuentes fidedignas que Plejánov abandona también la «minoría» y ha fundado ya su propio órgano, el «Dnievnik Sotsial-Demokrata»¹⁴.

He ahí por qué se denigran a sí mismos, he ahí el origen de la falsedad.

Pero esto no es todo.

Pasó cierto tiempo. Los jefes de la minoría vieron que, fuera de unos cuantos ingenuos, nadie hacía caso de su agitación contra la «mayoría» y contra Lenin; vieron que los «asuntos» les iban mal y resolvieron cambiar una vez más de careta. Ese mismo Plejánov, esos mismos Márto y Axelrod han presentado el 10 de marzo de 1905 en nombre del Consejo del Partido una resolución en la que, entre otras cosas, se dice:

«¡Camaradas! (se dirigen a la «mayoría») ... Ambas partes (es decir, la «mayoría» y la «minoría») han expresado reiteradamente su convicción de que las discrepancias en el terreno de la táctica y de la organización no son de tal carácter que hagan imposible el trabajo en el marco de una organización única del Partido»*, por lo cual, dicen, reunamos un tribunal de camaradas (integrado por Bebel y otros) y ventilemos nuestro pequeño litigio.

En una palabra, las discrepancias en el Partido no son más que rencillas, en las que debe entender un tribunal de camaradas, pero nosotros, dicen, constituimos un todo único.

Pero, ¿cómo es esto? A nosotros, «no marxistas», se nos llama a las organizaciones del Partido, nosotros constituimos, según ellos, un todo único y demás cosas por el estilo... ¿Qué significa esto? ¡Esto es una traición al Partido por vuestra parte, jefes de la «minoría»! ¿Acaso se puede colocar al frente del Partido a «no marxistas»? ¿Acaso los «no marxistas» pueden estar en el Partido Socialdemócrata? ¿O tal vez también vosotros habéis traicionado al marxismo y por eso habéis cambiado de frente?

Mas sería ingenuo esperar respuesta. El problema es que estos notables jefes tienen en el bolsillo unos cuantos «principios», y cuando necesitan uno cualquiera, lo sacan. Como suele decirse, ¡cambian de opinión como de camisa!...

Tales son los jefes de la llamada «minoría».

Es fácil imaginarse cuál debe ser la cola de tales jefes: esa, por llamarla de algún modo, «minoría» de Tiflis... La desgracia consiste, además, en que la cola, en ocasiones, no obedece a la cabeza y cesa de subordinarse. Por ejemplo, mientras los jefes de la «minoría» consideran posible la reconciliación y llaman a los militantes responsables del Partido a la concordia, la «minoría» de Tiflis y su «Sotsial-Demokrat» continúan declarando rabiosamente: ¡entre la «mayoría» y la «minoría» «la lucha es a vida o muerte»** y debemos exterminarnos unos a otros! Cada uno va a lo suyo.

La «minoría» se queja de que les llamamos oportunistas (sin principios). Pero ¿cómo llamar a esto más que oportunismo, si reniegan de sus propias palabras, si van de aquí para allá, si eternamente titubean y vacilan? ¿Es posible que un verdadero socialdemócrata cambie a cada paso de convicción? No se cambia tan a menudo ni de pañuelo.

Nuestros marxistas de pacotilla repiten con terquedad que la «minoría» tiene un carácter auténticamente proletario. ¿Es así? Veamos.

Kautsky dice que «para el proletario es más fácil compenetrarse con los principios del Partido; el proletario tiende a una política de principios, que no depende del humor del momento, de intereses personales o locales»***.

¿Y la «minoría»? ¿Tiende también a seguir una política que no dependa del humor del momento ni de cosas por el estilo? Al contrario: vacila sin cesar, titubea eternamente, odia una política firme, de principios, prefiere no atenerse a los principios, se deja guiar por el humor del momento. Ya conocemos los hechos.

Kautsky dice que al proletario le gusta la disciplina del Partido: «El proletario no es nada mientras continúa siendo un individuo aislado. Toda su fuerza, toda su capacidad de progreso, todas sus esperanzas y anhelos los extrae de la *organización...*». Precisamente ésta es la razón de que no se deje llevar ni por el interés personal, ni por la gloria personal, «cumple su deber dondequiera que lo coloquen, sometiéndose voluntariamente a la disciplina, de la que está penetrado todo su sentir, todo su pensar»****.

¿Y la «minoría»? ¿Está igualmente penetrada de disciplina? Al contrario, desprecia la disciplina del Partido y se ríe de ella*. El primer ejemplo de infracción de la disciplina del Partido lo han dado los jefes de la «minoría». Recordad a Axelrod, Zasulich, Starovier, Márto y otros, que no se sometieron a la decisión del II Congreso.

«Otra cosa muy distinta es lo que ocurre con el intelectual» —continúa Kautsky—. Con gran trabajo se somete a la disciplina del Partido, y aun esto forzosamente, que no de buen grado. «Reconoce la necesidad de la disciplina únicamente para la masa, pero no para los espíritus selectos. El, naturalmente, se cuenta entre los espíritus selectos...

Un ejemplo perfecto de intelectual enteramente penetrado de espíritu proletario, que... trabajaba fuese cual fuese el puesto para el que se le nombraba, se sometía por entero a nuestra gran causa y despreciaba las lamentaciones plañideras... que con frecuencia escuchamos de los intelectuales... cuando les ocurre que se quedan en «minoría»; un modelo perfecto de intelectual de ese tipo... era Liebknecht. Debe citarse también aquí a Marx, que nunca trataba de abrirse paso hacia el primer pue-

to y se sometió de manera ejemplar a la disciplina de partido en la Internacional, donde más de una vez quedó en minoría»*****.

¿Y la «minoría»? ¿Se ha manifestado en ella de algún modo el «espíritu proletario»? ¿Se parece su conducta a la conducta de Liebknecht y de Marx? Al contrario: hemos visto que los jefes de la «minoría» no sometieron su «yo» a nuestra sagrada causa, hemos visto que precisamente estos jefes se entregaron a «lamentaciones plañideras cuando quedaron en minoría» en el II Congreso, hemos visto que después del Congreso fueron ellos precisamente los que lloraron la pérdida de los «primeros puestos» y precisamente por esos puestos fraguaron la escisión del Partido...

¿Es ése vuestro «carácter proletario», honorables mencheviques?

Entonces, ¿por qué en algunas ciudades los obreros están a nuestro lado?, nos preguntan los mencheviques.

Sí, es verdad, en algunas ciudades los obreros están al lado de la «minoría», pero esto no demuestra nada. Los obreros van también tras los revisionistas (los oportunistas de Alemania) en algunas ciudades, pero esto no quiere decir que la posición de los revisionistas sea proletaria, esto no quiere decir que no sean oportunistas. En cierta ocasión hasta el cuervo halló una rosa, pero eso no significa que el cuervo sea un ruiseñor. No en vano se dice: *Encuentra una rosa el cuervo / Y ya se cree ruiseñor.*

* * * * *

Ahora está claro sobre qué base surgieron las discrepancias en el Partido. Como se ve, en nuestro Partido se han manifestado dos tendencias: la tendencia de la *firmeza proletaria* y la tendencia del *titubeo intelectualista*. Y el exponente de este titubeo intelectualista es precisamente la actual «minoría». El «Comité» de Tiflis y su «Sotsial-Demokrat» son esclavos sumisos de esta «minoría»!

Aquí está el quid de la cuestión.

Ciertamente, nuestros marxistas de pacotilla gritan a menudo que están contra la «psicología intelectualista» e intentan acusar de «titubeo intelectualista» a la «mayoría», pero esto recuerda el caso del ladrón que, después de haber robado el dinero, se puso a gritar: «¡Al ladrón!».

Además, ya se sabe que cada uno habla de lo que lo duele.

Se publica de acuerdo con el texto del folleto editado en mayo de 1905 por el Comité de la Unión del Cáucaso del P.O.S.D.R.

Traducido del georgiano.

* Véase: «Sotsial-Demokrat», núm. 1.

** «El programa de Erfurt», cd. del C.C., pág. 88.

*** Véase: Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás», pág. 93, en la que se reproducen estas palabras de Kautsky.

**** Véase las Actas de la Liga.

***** Véase: Lenin, «Un paso adelante, dos pasos atrás», pág. 93, donde se reproducen estas líneas de Kautsky.

NOTAS:

12. «Zaria» («La Aurora»): revista teórica de la socialdemocracia de Rusia, fundada por V.I. Lenin, se publicaba simultánea con el periódico «Iskra».

13. Véase: V.I. Lenin, Obras, t. 7, pág. 177, 4ª ed. En ruso.

14. «Dnievnik Sotsial-Demokrata» (Diario del Socialdemócrata): revista editada no periódicamente en Ginebra por G.V. Plejánov desde marzo de 1905 hasta abril de 1912.